

Presentación

JOSÉ LUIS FERNÁNDEZ DE LA TORRE

El *II Seminario nacional sobre presencia española en el norte de África* se desarrolló en Melilla los días 23, 24 y 25 de junio de 1992 con trabajos tan decisivos como los que hoy presentamos y el patrocinio de la Dirección General de Cooperación Cultural del Ministerio de Cultura. Decisivos por razones obvias, insistir en la dispersión documental, en la importancia de un barrido sistemático de los fondos documentales de Archivos como el Histórico Nacional, el General de la Administración, el Municipal de Málaga... y tantos otros es tan incuestionable como imprescindible.

Recuperar la memoria de una ciudad es acabar con el silencio y rescatar el discurso historicista sobre ella de los andrajos de la retórica. Supone, sobre todo, proporcionar datos imprescindibles para sentar las bases científicas del pasado. Afirmar el espacio de la ciudad, mostrarla desde el todavía escaso saber histórico es el objetivo prioritario de este Seminario. Evitar la estulticia supuestamente rigurosa y sentimentalmente localista, patéticamente melillense... también.

En este sentido, Platón cuando explicita el mito de Theuth y Thamus, cuando apenas ha surgido la memoria escrita, se hizo ya cargo del problema que iba a lastrar toda la historia de la escritura hasta nuestros días:

“Pues bien, oí decir que había por Naucratis, en Egipto, uno de los antiguos dioses del lugar... El nombre de aquella deidad era el de Theuth. Fue éste quien, primero, descubrió el número y el cálculo y también la geometría y la astronomía, y, además, el juego de damas y el de dados y, sobre todo, las letras. Por aquel entonces, era rey de todo Egipto Thamus... A él vino Theuth y le mostraba sus artes, diciéndole que debían ser entregadas al resto de los egipcios. Pero él le preguntó cuál era la utilidad que cada una tenía, y conforme se las iba minuciosamente exponiendo, lo aprobaba o desaprobaba, según le pareciese bien o mal lo que decía. Muchas, según se cuenta, son las observaciones que, a favor o en contra de cada arte, hizo Thamus a Theuth, y tendríamos que disponer de muchas palabras para tratarlas todas; pero cuando llegaron a lo de las letras dijo Theuth: Este conocimiento, ¡oh rey!, hará más sabios a los egipcios y más memoriosos, pues se ha inventado como un fármaco de la memoria. Pero él le dijo: ¡Oh artificioso Theuth!..., precisamente como padre que eres de las letras, por apego a ellas, les atribuyes poderes contrarios a los que tienen. Porque es olvido lo que producirán en las almas de quienes las aprendan, al descuidar la memoria, ya que, fiándose de lo escrito, llegaran al recuerdo desde fuera, a través de caracteres ajenos a ellas, *no desde dentro, desde ellos mismos y por sí mismos*” (Platón: *Fedro* 274c-275a).

El escrito, pues, es un remedio para conservar la sabiduría. El tiempo de los hombres se hace más largo y estable en el tiempo de la escritura. Pero la escritura padece, al menos, una triple orfandad. Las palabras están, por seguir con Platón, “ante nosotros como si tuvieran vida, pero si se les pregunta algo responden con el más altivo de los silencios”. Y, sin embargo, la escritura parece como si pensara lo que dice (*Fedro*, 275d). En efecto, en los signos de las letras, en el hillo semántico que enhebra sus proposiciones, podría descubrirse un cierto engarce de racionalidad. No en vano *logos* es algo más que *phoné*. *Logos* supone sentido, fundamento, discurrir de palabras en un cauce de significaciones y deviene así en parte de un proceso en el que interviene el sujeto. Es aquí donde surge el principio

de la hermenéutica, el compromiso de acompañar la muda soledad de la letra con un discurso que adquiera la responsabilidad de saber preguntar a la escritura y saber entender lo que quiere decir.

Pero el escrito lleva consigo otra soledad. El escrito es olvido. El escrito no sólo no habla sino que, además, confunde. La confianza en el hecho de que algo esté escrito servirá únicamente para silenciar el posible diálogo. La seguridad de lo ya escrito otorga una inerte consistencia que transforma el diálogo en monólogo y todo texto, para que efectivamente lo sea, precisa de una reflexión en la subjetividad y en el otro.

Por último, el silencio de la escritura arrastra una apariencia de sabiduría. Todo aquello que no ha sido interpretado, dialogado en la terminología platónica, se instala en el espacio de la no-verdad. La falsa seguridad de la escritura, su capacidad de superar el fluir de la *phoné* y de la inmediatez del instante genera una apariencia de sabiduría y, sin embargo, el único contexto de la escritura es el lector.

Precisamente por esto, la ciudad, Melilla —y su entorno—, como objeto de conocimiento puede tener diversos modos de acercamiento, básicamente dos: el esencialista y el histórico. El primero es el más habitual, aquel con el que estamos más familiarizados y, por tanto, el que nos parece la manera natural de abordarlo. Parte de una convicción previa: el objeto, Melilla, existe desde siempre con unos rasgos bien definidos y sólo expresables por los nacidos allí, es decir, Melilla como esencia de patriotismo, idéntica a sí misma sólo puede ser vista y analizada por el nacido en ella como si el nacimiento imprimiera un carácter indeleble y un conocimiento incuestionable, Melilla como verdad nacionalista y fórmula vacía.

Sin embargo, aplicar lo que algunos teóricos llaman conciencia histórica inmediatamente implica dudar del carácter único y objetivo de la ciudad. Una visión histórica del objeto obliga a verlo de manera diferente. No se trata, por tanto, de recuperar la memoria histórica sin más, sino de pensarla, de restituirla como memoria, de considerarla casi como una terapia. Por eso, habría que pedir un esfuerzo de imaginación, de voluntad, de conciencia histórica... para no ser hombres sin palabras o con sólo palabras vacías y sin acción.

Este equilibrio que reclamamos entre el historicismo y la actualización no se limita a los artificios de un buen artículo o trabajo, sino que aspira a impregnar el acercamiento histórico y propone, en suma, una nueva lectura de los hechos—documentos, una nueva interpretación de lo clásico o lo ya sabido.

Con demasiada frecuencia el maniqueísmo ha actuado en los trabajos históricos sobre Melilla y su entorno más o menos inmediato y, sin embargo, leer—releer, descubrir—encontrar depara siempre nuevas sorpresas, invalida antiguas lecturas, genera la incertidumbre de que aún tengamos por descubrir matices en una historia —compleja— todavía por hacer.

Desde este convencimiento historicista, el Centro Asociado a la UNED de Melilla y la Dirección Provincial del Ministerio de Cultura ofrecen los trabajos presentados en estas jornadas como *fármaco de la memoria* y con la esperanza de contribuir al conocimiento de ese pasado olvidado o malinterpretado en los trabajos historiográficos al uso.